

Miguel Cané, Lucio V. López: las estrategias del recuerdo

*La muerte quiere dejar sin palabras. Del hombre, no obstante, la memoria tejerá, ya va tejiendo, una red de complicidades susurradas, no hagiográficas. Y su obra —notables traducciones, un único pero múltiple texto de voces, gran cantidad de trabajos ensayísticos— se empecinará, gozosa, en sortear la trampa del silencio. Así parece demostrarlo, sin énfasis pero con la alegría del lector que le es propia, el artículo que Enrique Pezzoni escribió para el tomo 5 de la *Historia Social de la Literatura Argentina*, del cual se ofrece aquí, a modo de homenaje, un fragmento considerable.*

Por Enrique Pezzoni

Autobiografía y pseudoautobiografía memorialistas: la estrategia del recuerdo afirma a los sujetos embarcados en el proyecto del progreso material y la modernización de la ciudad, del país, sustrayéndolos a las secuelas de esa transformación radical: la vulgarización y la forzosa mezcla con el otro, el recién llegado. ¿Estrategia defensiva? Más bien placer de trazar un autorretrato irradiente, es decir que se inmoviliza y prolifera a lo largo de la narración que es el recordarse. El autorretrato sucede: avanza hacia el punto de arranque, acumula episodios, anécdotas, cuadros de costumbres que son otras tantas rúbricas del que se pinta a sí mismo como diferencia radical. Contar es sumar en provecho propio los episodios narrados. No hay otro cómputo final que la imagen misma del que ha organizado la suma.

4. Determinismo, evolucionismo: ángeles y monos

El '80: énfasis en el positivismo determinista y evolucionista que apuntala el diagrama del progreso y la modernización. Pero Cané y López, los sujetos "previos", hacen piruetas para hurtar ellos mismos el

cuerpo a las ideas evolucionistas que subyacen en los proyectos, sobre todo en los programas educacionales, y asimismo para escatimarse a toda imagen de sí que se revista de una trascendencia no propuesta por ellos. Rechazo simultáneo del evolucionismo darwiniano, y también de la ubicua esencia espiritual regalada por la religión y asegurada por el clericalismo².

En 1875, Eduardo Holmberg, estudiante de medicina de veintidós años publica los catorce capítulos de su relato *Dos partidos en lucha*, donde pugnan darwinistas y "rabianistas" (Rabian es en el relato un caudillo antitransformista). La ficción de Holmberg espectaculariza así "el recurso de Darwin [que] comienza a ser empleado por los nuevos grupos que conforman la avanzada intelectual del ochenta. El evolucionismo —en su discreta versión spenceriana— se convierte en elemento central e impregna de un militante progresismo biológico el estilo y el contenido de nuestro positivismo"³. Eduardo Wilde ironiza: "El hombre es el animal más orgulloso de los que habitan la superficie del globo terrestre [...] En virtud del mismo orgullo, no

quiere tampoco que nada de lo que le afecta particularmente, ya sea como individuo, ya como miembro de una sociedad dada, suceda sin su intervención, sin su decisión, sin su voluntad de raciocinio [...] y para que esto fuera fácilmente explicable, tuvo que inventar. Inventó en efecto, el libre albedrío y sus consecuencias". Y a propósito del anuncio publicitario "El chocolate Perón es el mejor chocolate": "[...] y como los hombres tienen mucho de monos, verdad que se ha reconocido aun antes que Darwin demostrara nuestro parentesco con esos animales, todos a una leían y repetían: el chocolate Perón es el mejor chocolate"⁴.

Lucio V. López se ríe exacerbando en una *singerie* de agresiva comicidad la profusión de *parvenus* que invade los salones del Club del Progreso. En 1875, Miguel Cané oscila entre las actitudes de sus amigos: la ironía cientificista de Eduardo Wilde, la carajada admonitoria de Lucio V. López. Enarca las cejas y dictamina que "sacrificáramos nuestra dignidad de hombres aceptando la disgustante teoría de Darwin sobre la transformación de las especies con tal de que el fenómeno de la re-

surrección de la sensitiva fuera exacto", y ya entregado del todo al delirio narcisista se mira en un espejo que lo autoriza a proclamar: "¿El hombre es mono o ángel? Yo, señor, me pongo del lado de los ángeles. Repudio con indignación y asco esas novedosísimas teorías"⁵.

Ángeles, monos. Los que están "del lado de los ángeles", fascinados por la lejanía que los separa de los monos, se imponen un imperativo ético: tomar en sus manos propias los postulados del evolucionismo. Si ellos son los "previos", los "predeterminados", deberán inaugurar un determinismo que eduque el instinto. Los debates sobre los programas de educación, los artículos periodísticos de la prensa política insistían en esas pautas morales que distinguen a ángeles de monos y que al mismo tiempo pueden acortar las distancias entre ambos. La urgencia de distanciarse del pasado, de las luchas internas entre separatistas y federalistas, del enfrentamiento entre mitristas y alsinistas, confirmarán la intención de imponer la moral como enérgico programa de acción. Una moral que se vuelva ley de acatamiento a las órdenes vigentes. La civilización argentina será posible si se impone

esa obediencia. El diario *Sud-América* publica el 23 de agosto de 1887:

"Cuando recordamos el pasado sombrío, la lenta gestación de las discordias y contiendas fraticidas, los tanteos, los tropiezos, el caudillaje bárbaro poniendo barreras al progreso —como si fuera posible ponerle barreras al mar— y nos fijamos en el espectáculo soberbio de la época presente, vienen a la memoria los versos del cantor de la raza latina y en más de una ocasión el espíritu entusiasmado —ebrio de ese entusiasmo que es la fortuna de las almas generosas— lleva a los labios las caldeadas estrofas del poeta: 'De pie para cantarla que es la patria, la patria bendecida'" 6.

Los artículos periodísticos de Miguel Cané insisten una y otra vez en ese programa de "educación moral" que encamina el rumbo del evolucionismo. La "Introducción" a las crónicas reunidas en el tomo *En viaje* (1881-1882) alardea del avance de ese plan: "Si el camino material que hemos hechos es enorme, nuestra marcha moral es inaudita. A mis ojos, el progreso en las ideas de la sociedad argentina es uno de los fenómenos intelectuales más curiosos de nuestro siglo". Educación para la mesura, no para el estallido revolucionario. Precisamente, si de algo se trata es de evitarlo: "Reformar, lentamente, evitar las sacudidas de las innovaciones bruscas e impremeditadas, conservar todo lo que no sea incompatible con las exigencias del espíritu moderno; he aquí el único programa posible para los americanos" 7. Innovar conservando, afirmando la supremacía del ángel. En muy buena medida, las crónicas de viaje de Miguel Cané, más allá del exotismo en que se complace al narrar su visita a las Antillas Francesas, o el refinamiento de los asistentes al Covent Garden londinense, o la imponente de la sabana americana, son *llamados al orden*: advertencias contra la posibilidad de la conmoción revolucionaria. La seductora sensualidad de las negras martiniqueñas no le hace olvidarse de la "bestialidad" que atribuye a las fiestas y bailes que, por



otro lado, ha descrito con morosa fruición: "Es la bacanal más bestial que es posible idear, porque falta aquel elemento que purificaba hasta las más inmundas orgías de las fiestas griegas: la belleza. No he visto nada más feo, más repulsivo que esos negros sudorosos: me daban idea de orangutanes bramando de lascivia" (pág. 84). El mono es la amenaza permanente, a veces con la complicidad de los ángeles atolondrados: "No hay negro que no sea comunista, como no hay canónigo que no sea conservador. El día en que suceda lo que se teme, habrá una invasión a las propiedades de los blancos que, reprimida o no, tra-

erá seguramente la ruina" y "es bien difícil encontrar el remedio sin ir contra las ideas absolutas de igualdad que hoy imperan en Francia" (pág. 89).

Lucio V. López, Miguel Cané: coalición de ángeles traviesos, pero siempre justicieros. El costumbrismo de Lucio V. López se alía con las notas cargadas del naturalismo para imponer castigos ejemplares: en *La gran aldea*, la "hemorragia cerebral de forma apoplética parálisis" derriba a la trenebunda y retrógrada Medea; durante un carnaval simbólico, un incendio no menos simbólico mata a la hija del tío Ramón, que acaba en un hospicio

pungando el delito de haber cedido a la ambición de su mujer Blanca, codiciosa y adúltera. (Las mujeres: vehículos, en López, del mal y del castigo). En la seudobiografía de Julián el ir y venir de sus recuerdos son una cartilla de la moral angélica 8. El memorialismo de Miguel Cané se entrega al placer de rememorar las travesuras de los jóvenes ángeles que asisten a las aulas del Colegio Nacional. Ángeles que divinizan la autoridad: Amedée Jacques, primero, el propio Miguel Cané, después, el mismo dios sentado ante la "mesa terrible de los examinadores". Ya funcionario, antes de subir al estrado Cané rememora sus propias travesuras y las de sus camaradas, y las concluye con una precisa evocación: "... y he aquí el cuarto famoso donde fue introducida por engaño la sirvienta que traía la ropa limpia al *mono* Latorre [el subrayado es de Cané], sufriendo las expresivas galanterías de los circunstantes, mientras el referido *mono* amarrado al pie de un lecho, ofrecía el espectáculo confuso de un sátiro enardecido llorando a lágrima viva..." [págs. 133-134].

Ángeles, monos: *Juvenilla* se cierra con una exhortación moral: "Yo diría al joven, que tal vez lea estas líneas pastando se en los mismos claustros donde transcurrieron cinco años de mi vida, que los éxitos todos de la tierra arrancan de las horas pasadas sobre los libros en los años primeros" [pág. 138]. *Juvenilla* abandona la sonrisa y amonesta. Así, el propio libro signa el rumbo de su destino ulterior: libro de lectura obligada en las aulas de la escuela argentina. Los ángeles fascinados ante la propia imagen se condenan para siempre a ser los ángeles guardianes del orden.

El presente fragmento forma parte del artículo de igual título incluido en el tomo 5 de la *Historia Social de la Literatura Argentina: La gran aldea, de la invasión al '90 (1880-1890)*, por Marcos Mayer y sus colaboradores. Dirección general: David Viñas y Eva Tabakian. Editará Contrapunto.

NOTAS

1 Es a través de la lectura posterior, no contemporánea de estos sujetos del '80, como pueden discernirse los mecanismos defensivos y el miedo implícitos en la ficción de autorretrato narrativo. En un ensayo ya canónico, David Viñas acude a la fenomenología del imaginario poético de Gastón Bachelard y a una suerte de hermenéutica psicoanalítica para definir el estilo de los *gentlemen* del '80 y en especial de Miguel Cané como índice del miedo ante la invasión "de lo otro", manifestado en la topología "adentro/afuera". El interior, el adentro de la clase dominante, es el de la idealización y la desrealización: sinónimo de espiritual, espíritu, pureza virginal, el pasado, las mujeres y la madre [...] el ámbito doméstico, lo tradicional y las relaciones patriarcales [...] la defensa de lo interior, por consiguiente, [...] es enfrentarse a la presencia de la realidad y de la historia en su primer término, más adelante al avance de lo nuevo y, por último, a la invasión de los recién llegados a quienes se ve como trepadores, logreros y potenciales violadores". Cf. "Cané: miedo y estilo", en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, J. Alvarez, 1964; cito por la reedición de CEAL, Buenos Aires, 1982, págs. 194-205.

En esta perspectiva, y para una caracterización del *adentro* no idealizado, cf. Noé Jitrik, "Cambaceres: adentro y afuera", en *Boletín de literaturas hispánicas*, n° 2, Rosario, 1960, citado por Viñas para trazar la frontera entre el

"interior" ideal, oficial, institucional, y el "interior" pecaminoso, degradado, mezquino, de los sujetos instalados en el poder. La lectura de Viñas, fuertemente histórica —es decir, que moviliza categorías abstractas percibidas y relativizadas en relación con un contexto o situación histórica—, sobre todo se proyecta desde el momento en que él lee. Con el ceño fruncido ante las pintorescas sublimaciones del "interior" en Cané, hace fruncir el ceño de miedo a Cané. El miedo que el estilo del autobiógrafo memorialista deja traslucir sería miedo ante la "realidad" ante la cual Cané no puede sino retroceder. Lectura certera, sin duda, pero que hecha desde el ahora del crítico-intérprete deja de lado otros matices de esa "realidad" no monolítica, como no lo es ninguna imagen de "realidad". En ella está también el placer narcisista de Cané, de López. Un placer desde el cual señalan, sin duda, un riesgo a sus pares, pero que se deja dominar por la fruición de trazar la imagen propia. Para una reiteración escolar de lectura de Viñas, cf. Santiago González, Miguel Cané, *Enciclopedia de la literatura argentina*, CEAL, 1968.

2 Cf. *Juvenilla*; "Eramos atcos en filosofía, y muchos sosteníamos de buena fe las ideas de Hobbes. Las prácticas religiosas del Colegio no nos merecían siquiera el homenaje de la controversia" [pág. 221]. "Todos, por un esfuerzo común, levantemos ese Colegio Nacional que nos dio el pan intelectual, destierremos de sus claustros las cuestiones religiosas, y, si no tenemos a un Jacques que poner a su frente, elevemos al

puesto de honor a un hombre de espíritu abierto a la poderosa evolución del siglo, con fe en la conciencia y en el espíritu humano" [pág. 39].

3 Cf. Marcelo Montserrat, op. cit., págs. 795 y ss.

4 "El chocolate Perón es el mejor chocolate" y "Carta al Sr. Andrade sobre su canto titulado 'Prometeo'", en *Tiempo perdido*, El Ateneo, Buenos Aires, 1931, págs. 221 y ss y 253 y ss., Cf. Marcelo Montserrat, op. cit., pág. 796.

5 Ensayos, Editorial Sopena, Buenos Aires, págs. 111-144.

6 Citado por Tim Duncan en "La prensa política: 'Sud-América'" en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, comp., op. cit., pág. 735.

7 En *viaje* (1881-1882), 2ª reedición, Buenos Aires, Talleres Argentinos de L. H. Rosso, 1928, págs. 36, 39. En adelante cito por esta edición.

8 La exactitud cronológica de los avances y retrocesos con que el narrador Julio va enhebrando el recuento de su vida poco importan a Lucio V. López, más preocupado por la alternancia acrónica, cíclica, de desafueros y castigos. Las puntualizaciones de los lapsos transcurridos abundan, sin embargo, en el texto. Pasan veinte años entre la muerte del padre del narrador, hacia 1860, y los hechos narrados al final de la novela. Sin embargo, autor y narrador olvidan que han de ajustarse a ese lapso, y el lector empeñado en seguir las fechas y precisiones temporales que el relato ofrece descubre incongruencias. Cuando el narrador sale del colegio secundario,

donde ha pasado seis años y al que ha ingresado a los quince, se supone que tiene veintinueve años. Pocas líneas después afirma: "Han pasado veinte años", es decir desde el comienzo de la narración, cuando narra los episodios de la ciudad durante los festejos por la batalla de Pavón, en 1861. El cálculo minucioso de acuerdo con los datos que él mismo ofrece descubre que Julián salió a los treinta y dos años del colegio; ha rebasado los límites mismos de su vida. (Cf. los cálculos de Nora Dottori en la clase sobre *La gran aldea* dada en la Facultad de Filosofía y Letras el 22 de junio de 1987, versión taquigráfica impresa por "Biblos"). Dormitar Homeurus? Ricardo Rojas, lector agudo, subraya los apresuramientos y aun las chapucerías de estilo en Lucio V. López, pero se adhiere a la actitud ideológica de López y su lectura apunta al tipo de imagen del país y la ciudad que el libro ofrece: el subtítulo de la edición original, "Costumbres bonaerenses", dice, "parece revelamos que el autor se propuso hacer una serie de cuadros ligados más que por los tenues hilos de una fábula, por la unidad del ambiente porteño que describió. La Buenos Aires que precedió a la feralización de 1880, la aldea cursi y presuntuosa que precedió a la opulenta cosmópolis actual, quedó en este libro pintada con rasgos inconfundibles, y eso lo convierte, para nosotros los argentinos, en un documento perdurable, porque no hay otro mejor en nuestra literatura" (Op. cit., págs. 403-404).